

y los camellos frugales,
y las hienas jamás hartas,
y los árabes que al cuello
del dromedario se agarran,
y con desigual galope
huye también la jirafa.
Y los elefantes blancos,
que en pabellones de grana,
de morenas odaliscas
llevan la preciosa carga;
las ciudades, cuyas cúpulas
de metal el sol retratan;
los imanes de Mahoma,
los magos que el fuego guardan,
rápidos se desvanecen
como soñados fantasmas.
¡Adiós, alminares moros!
¡Adiós, temibles murallas
de los floridos serrallos!
¡Adiós, Gomorra inflamada,
que de Babel en la frente
livido reflejo lanzas!

¡Paris! ¡El invierno adusto!
En vano entonas tus cántigas;
bajás, emires, genizaros,
¡oh Musa!, de ti se apartan.
Faltaría espacio á un klefto (1)
en esta ciudad tan vasta;
el Nilo desbordaría;
los rosales de Bengala
se helarian en el campo
donde calló la cigarra,
y, de frío, las huríes
á su débil sol temblaran.

Llorando tu hermoso Oriente,
entonces, avergonzada,
y sola, y casi desnuda,
tú, cariñosa, me abrazas.
Y —«¿No tienes ya, me dices,

alguna cosa guardada
en el corazón, aún joven,
poeta, para cantarla?
Porque, en verdad, me da tedio
ver cómo lenta resbala
por tus húmedos cristales
la lluvia, yo, que en mi patria
tenía todos los días
sol de fuego en mis ventanas.»

Después tomas mis dos manos
entre tus dos manos blancas;
nos sentamos donde nunca
llegan miradas profanas;
y entre mis gratas memorias
te ofrezco yo las más gratas;
la infancia y sus largos juegos,
la escuela y sus camaradas,
y los largos juramentos
de la niña enamorada,
que en los brazos de otro esposo,
madre feliz, hoy descansa.
Te hablo de las Feuillantinas (2),
y de cuán dulces sonaban
para mí los argentinos
repiques de sus campanas;
y cómo, á veces, aún niño,
solo y triste, en noches claras,
dos pupilas amorosas
en la luna contemplaba.
Luego me ves impeliendo
con mi pie la leve hamaca,
que hace crujir de un vetusto
castaño las secas ramas,
y á mi madre que temblando
lo contempla amedrentada.
Después recuerdo los nombres
de mis amigos de España;
el aburrido colegio
de Madrid (3) y las batallas

(1) Llamaban *kleftos* en Grecia á los forajidos.

(2) Llamaban en París *Les Feuillantines* á un antiguo convento de religiosas Fuldenses, donde, suprimida esta comunidad, había habitaciones de alquiler y un extenso huerto abandonado. Allí vivió la madre de Víctor Hugo con sus hijos aún pequeños.

(3) El Seminario de Nobles, á cuyas aulas asistió Víctor Hugo cuando estaba en Madrid su padre, general del ejército napoleónico.

que en pueril juego reñíamos
por las imperiales águilas.
Ves también á mi buen padre,
y á una niña hermosa y pálida,
que murió en su primavera,
cuando, timidas y castas,
en los ojos ruborosos
amor enciende sus llamas.
De todas esas memorias,

aquellas que más te agradan
son los primeros amores,
mariposas cuyas alas,
tan brillantes cuando vuelan,
se marchitan al tocarlas;
enjambre de dulces sueños
y de ilusiones fantásticas,
que de todos nuestros días
un solo día engalanan.



MIS CARTAS DE AMOR

¡Oh, mis cartas de amor! ¡Oh, de sagrado
cándido anhelo páginas sencillas!
Aún hoy, en vuestra magia embelesado,
os leo de rodillas.

Dejad que el tiempo aquel, dulce y perdido,
vuelva un momento, y su recuerdo implore;
que hoy el sabio, el filósofo, escondido
sobre vosotras lllore!

¿Era verdad? ¡Veinte años yo tenía!
¡Poblaban sueños plácidos mi mente!
¡La esperanza ante mí resplandecía
como un astro en su oriente!

¡Yo era un Dios para aquella cuyo nombre
guardo en el alma porque al tiempo vengza!
¡Era aquel niño, ante quien hoy el hombre
se humilla y se avergüenza!

¡Dulce edad de energías y embelesos!..
¡Acechar en las sombras anhelante
velo de blanco tul! ¡Cubrir de besos
un perfumado guante!

¡Pedir al mundo, que risueño brilla,
amor, gloria, placeres y grandezas!
¡Ser puro, y tener fe, fe sin mancilla,
en todas las purezas!..

Hoy lo sé todo. Todo lo he sentido.
Ya los falaces sueños, como entonces,
no abren mi puerta, que con un gemido
rueda sobre sus gonces.

Y aquella edad de luz abrasadora,
que sombría juzgó mi alma impaciente,
junto al seguro bien que gozo ahora,
¡cuál brilla refulgente!

¿Qué os hice, años risueños de mi vida,
para que así pasarais tan veloces,
dejando al alma la dulzor perdida
de vuestros breves goces?

Para lucir con tan hermosas galas,
cuando ya no podéis, pese á mis sueños,
volverme atrás en vuestras rotas alas,
¿qué os hice, años risueños?

Cuando la imagen del pasado pura,
que embelleciera nuestro amor un día,
reaparece con blanca vestidura
en nuestra áspera vía;

Tendemos con afán las flacas manos
para asir ¡ay! sus apariencias bellas,
y girones, no más, quedan de vanos
oropeles en ellas!

¡Olvidar! El remedio allí se esconde.
Cuando la juventud vuela al abismo,
dejémonos llevar, sin ver adónde,
por aquel sopro mismo.

Nada de cuanto hacemos persevera.
Problema es nuestro sér triste y obscuro.
El hombre pasa, sin dejar siquiera
su sombra sobre el muro.

LA FLOR Y LA MARIPOSA

La flor á la celeste mariposa
dijo: —«¡No huyas de mí!
Nuestra contraria suerté es bien odiosa;
tú giras en la esfera luminosa;
yo siempre quedo aquí.

»Y nos unió con atracción secreta
ley del amor, que todo lo sujeta.
¡Así lo quiso Dios!

Y según dice el soñador poeta,
flores somos las dos.

»Mas seguir tu volar en vano intento.
¡Mi destino es cruel!
Cuando asciendes veloz al firmamento,
perfumarte quisiera con mi aliento
envolviéndote en él.

»Otras flores buscando enamorada,
te alejas sin cesar;
yo estoy al duro suelo encadenada,
viendo mi sombra en la fatal jornada
á mis plantas rodar.

»Tú vas y vienes, y huyes aturdida,
luciendo ufana de tu libre vida
el brillante esplendor;
á mí me encuentra en llanto humedecida
el matutino albor.

»Si ha de gozar nuestro amoroso anhelo
el suspirado bien,
arraiga, como yo, en el duro suelo,
ó para unirnos en dichoso vuelo,
alas dame también.»

ENVÍO Á...

Todos, flor tierna ó libre mariposa,
todos nos uniremos en la fosa:
¿á qué tanto aguardar?
¿Quieres tú que busquemos, niña hermosa,
un sitio donde amar?

¡Un sitio donde amar! Donde tú quieras;
allá en el cielo azul, si á esas esferas
remontas el querer;
en el campo, si en bosques y en praderas
tú cifras el placer.

Nada importa que seas blando arrullo,
aroma, resplandor,
mariposa que luce con orgullo

su brillante matiz, rosa en capullo,
aire ó luz, ala ó flor.

¡Juntos vivir, sin duda y sin recelo!
Para cumplir el amoroso anhelo,
es lo único esencial.
¿En dónde? ¿Aquí en la tierra? ¿Allá en el cielo?
¡Eso es accidental!

Á VIRGILIO (1)

¡Virgilio! ¡Mi poeta! ¡Mi divino maestro!
De la ciudad huyamos, que con fragor siniestro
con sus marmóreos brazos, abiertas las pupilas,
del turbio Sena oprime las ondas intranquilas;
Lutecia, en tus edades humilde, y que hoy, haciendo
rodar sus mil cuadrigas con formidable estruendo,
lanza, doquier su imagen esclarecida asoma,
más claridad que Atenas, y más clamor que Roma.

Para ti, que en las selvas, filtrado entre las ramas,
tu verso, cual rocío benéfico, derramas,
para ti, cuyo numen llena, al soñar, mi mente,
hallé un rincón, do rie la hierba floreciente.
Entre Buc y el cercano Meudón—y cuando digo
Meudón, entiende *Tibur*, ¡oh cariñoso amigo!--
hay un púdico valle, que duerme reclinado
en las pendientes faldas de uno y otro collado;
albergue delicioso de tímidos amantes,
lleno de aguas dormidas y ramas ondulantes,
donde en vano sus hondas cavernas y enramadas
hiere el sol meridiano con flechas inflamadas.

Por ti busqué ese albergue, ufano, satisfecho,
en los ojos la aurora, y el amor en el pecho;
por ti busqué ese albergue, con la mujer que sabe
de todos mis secretos la misteriosa clave,

(1) El autor de estas traducciones ha intentado hacer en la presente una versión lo más literal posible del texto de Víctor Hugo, conservando el mismo metro y, en cuanto ha podido, los mismos giros de lenguaje. No es éste el procedimiento que emplea generalmente, pues cree que, para traducir los poetas extranjeros, debe conservarse su pensamiento, pero dándole forma métrica adecuada á nuestro idioma. Por este ensayo podrá juzgar el lector qué manera de traducir en verso es preferible.

la que, conmigo á solas, en la selva bravia,
si yo fuera su Galo, mi Licoris sería.

Flor guarda ella en el alma de sin igual pureza,
el amor inefable de la Naturaleza!

Ama, como nosotros, los ecos adormidos,
y el piar, en las ramas, de los ocultos nidos;
y en el fondo del valle, al crepúsculo vago;
las cumbres reflejadas en el cristal del lago;
y cuando el tibio ocaso ya su arrebol marchita,
los pantanos que el paso del caminante irrita;
y el antro enmarañado de caprichosa hiedra,
boca deforme que abre mandíbulas de piedra;
y los montes, los prados, los vergeles amenos,
los amplios horizontes, de resplandores llenos!

Pues la englantina, ¡oh, vate!, ya rompe el tierno broche,
iremos, si tú quieres, iremos cada noche;
sin turbar de las sombras el plácido quietismo,
iremos los tres juntos, ó los dos, que es lo mismo,
á aquellas soledades, y entre los verdes ramos
quizás sus misteriosos secretos sorprendamos.
Donde el bosque clarea, donde el árbol nudoso
perfil toma, en la sombra, humano y espantoso.
dejando que en el musgo se apague, hecha ceniza,
la hoguera abandonada, que ya el pastor no atiza,
oyendo sus cantares perderse en la espesura,
á los lunares rayos, ó en la tiniebla obscura,
y mirando á hurtadillas, serán nuestro recreo
los sátiros, que imita danzando Alfesibeo.

TENTANDA VIA EST

No te asustes, ¡oh, madre!, que incesante
el hogar llenas con tu anhelo vivo;
no te asustes de ver al tierno infante
tan grave y pensativo.

Cual huérfano polluelo, que en la roca
ve avanzar y subir, revuelta y loca,
la mar embravecida,
él, absorto, asombrado,
mira en raudal inmenso y desbordado
crecer las negras olas de la vida.

No temas, madre, providencia santa

del sér que te amedrenta y que te encanta,
no temas, y con plácido cariño
posa sin miedo el labio
en la sien varonil del dulce niño.
No es un precoz prodigio, no es un sabio;
pero es ya un soñador, y eso es bastante.
Es la meditación, del genio hermana;
hoy mudo sueña; pensará mañana.
Y el pensamiento, talismán radiante,
da el cielo á Milton, y el infierno al Dante.

Grande será; la frente victoriosa
alzará el niño que lo inquiere todo,
que tenaz interroga de igual modo
al hombre y á la cosa.

Quizá en los suelos el augusto escoplo
de Miguel Angel halle
y con la roca intrépido batalle,
é infundiéndole audaz divino soplo,
el asombrado mármol hienda y talle.
Quizá, diestro en la bélica porfia,
cual Bonaparte triunfador un día,
cual Francisco primero,
la Europa tome, en su ajedrez glorioso,
por colosal tablero.

Quizás, siguiendo incógnito sendero,
su pupila, que alumbra el refulgente
rayo del microscopio poderoso,
ó el de su pensamiento, aún más potente,
en el cielo, que eterna luz destella,
ó en el ponto profundo,
encuentre, como Herschell, una estrella,
como Colón, un mundo.

¿Quién sabe? Deja, ¡oh madre, atormentada!,
crecer al pequenuelo pensativo;
él no ve ni comprende la mirada
que en su frente clavó tu anhelo vivo.
Acaso como aquel meditabundo
niño, que fué Virgilio para el mundo,
ve en sueños el combate
que halagó siempre al generoso vate;
ansia luchar, vencer, alzar el vuelo
á la alta cumbre, que á los cielos toca,
y desprendido así del bajo suelo,
nombre alado, volar de boca en boca.

DATE LILIA

Si encontráis en algún sitio
bajo la celeste bóveda
una mujer de ojos claros
y de frente soñadora;
si con ella van gozosos
cuatro niños, ¡feliz tropa!,
y el benjamín en su diestra
aún vacilante se apoya;
si, al ver ella un ciego inválido
que á tientas anda entre sombras,
en manos del pequeñuelo
pone la humilde limosna;
si á esa mujer habéis visto
cuando, callada y dudosa,
oye la acerba diatriba
que flechas de fuego arroja,
y cauta exclama: —«Aguardemos
para juzgar. ¿Quién de toda
censura está libre? Empaña
la maledicencia loca
los más lípidos cristales;
para que marchen y corran,
pies, al elogio, le faltan;
alas, al baldón, le sobran.»

Si á la ciudad de los muertos
os llevan tristes memorias,
y en un rincón solitario,
junto á funeraria losa,
cuyo trillado sendero
piadoso culto denota,
veis, rezando con sus hijos,
una beldad melancólica,
que, al llorar, dulce sonríe,
como allá en el cielo lloran;
si de aquel herido pecho
dolor y éxtasis desbordan,
y en él ni un átomo queda
de las humanas escorias;
si sus ingenuas pupilas,

que nublaron penas hondas,
más al cielo se levantan
que en el sepulcro se posan;
si, cuando al suelo descienden,
demuestra bien su zozobra
que su alma no sabe quiénes
en ella la palma logran,
sus hijos aquí en la tierra,
ó su madre allá en la gloria;
si el templo inundan, por Pascua
ó por Navidad, las sombras
de la tarde, y suenan pasos
confusos, y las antorchas
resplandecen, y el incienso
sube y gira en blancas ondas,
y hombres, mujeres y niños
cantan, rezan y sollozan,
y todas aquellas almas
un alma para Dios forman,
y veis, lejos del gentío,
de cantos, luces y pompas,
cuatro frentes infantiles
en una capilla lóbrega,
y sobre ellas, una triste
mirada intranquila, ansiosa,
en la que juntos fulguran
con ráfagas brilladoras
los anhelos de la virgen,
de la madre y de la esposa;
si así la visteis vosotros,
y alma no tenéis de roca,
¡benedicidla!, ¡benedicidla!
Esa mujer, santa y pródiga,
¡es ella! Es el alma hermana
del alma mía, que toma
cuerpo en el mundo. ¡Mi orgullo!
¡Mi esperanza! ¡La corona
de mi vida! ¡El dulce abrigo,
do mis juveniles horas

las de la vejez aguardan
sin recelos ni congojas!

Es la virtud que se inclina
sobre mi frente ardorosa;
es la imagen de alabastro
que mi hogar guarda recóndita,
el árbol que en mi camino
me da, tendiendo sus frondas,
dulces frutos muchas veces,
siempre benéfica sombra;
la mujer que en mi alegría
cifra todas sus victorias;
la que, si mira á sus hijos
que tropiezan y zozobran,
ó á mi mismo en esos riesgos,
á salvarnos corre pronta,
á ellos dándoles la mano,

dándome á mi el alma toda;
la única que castigarme
puede, si el mal vence y dobla
mi débil conciencia, y la única
que me absuelve y me perdona;
la que, al decirle yo «siempre,»
«doquier,» contesta gozosa!

Es «ella,» y lo digo todo
cuando así mi amor la nombra;
flor peregrina, que tiene
la hermosura por corola,
y por néctar de su cáliz
la bondad; unión, que asombra,
de doble naturaleza,
en conjunción misteriosa,
pues siendo flor de este mundo,
es de los cielos su aroma.

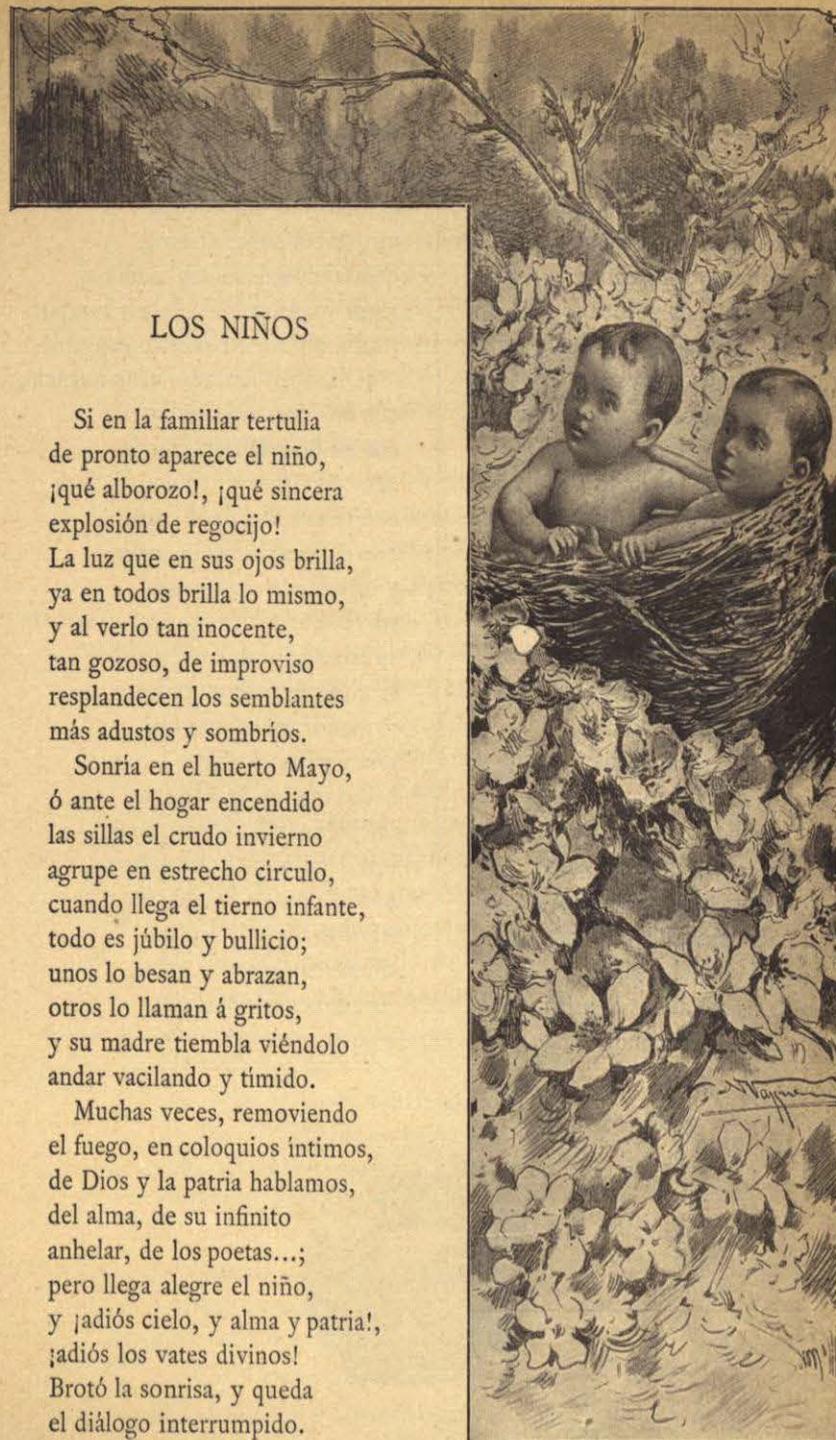
DÉJAME HABLARTE

Deja que hable un instante
contigo, maga hermosa;
ángel hubieras sido para Dante;
para Virgilio, diosa.
Tu frente es arrogante;
alegre tu sonrisa,
y tu planta ligera
el suelo apenas desdeñosa pisa.
Cual heroína de celeste raza,
podrías ostentar, virgen guerrera,
la cerúlea coraza.
Las más fascinadoras hermosuras
que guardan los serrallos orientales,
envidiaran tus labios de corales.
Cellini, al contemplar las líneas puras
de tu rostro, sonriera,
y su cincel, que la beldad retrata,
brotar tu imagen seductora hiciera

del cáliz de algún lirio, ó de esas flores
por él soñadas, ricas en primores,
que la naturaleza envidia al arte.
No te alejes de mí; déjame hablarte,
y escucha sin enojos,
¡oh tú, la hermosa de divinos ojos!
Brilló, cuando te vi por vez primera,
para mi el sol, que las tormentas calma;
¿no guardas, oh hechicera,
también esa memoria placentera,
como un rayo de luz, dentro del alma?
¿Sonríes? Ven: la dulce primavera
al campo nos convida.
Dame la mano. Cubre los caminos
tibia y trémula sombra,
y en los bosques vecinos,
el césped ya tendió, fresca y mullida,
á los pies de los árboles su alfombra.

EN UN JARDÍN

En el jardín, que extiende solitarios
bajo los grandes tilos
andenes tan umbrosos y tranquilos,
que parecen en ellos incensarios
las flores al abrir su tierno broche;
donde, desde la aurora hasta la noche,
midiendo el día los seguros pasos,
en las ardientes llamas
del sol, ó en la penumbra de las ramas
alterno baña los mármóreos vasos;
¡con qué plácido anhelo,
absorto soñador toda mi vida,
yo contemplaba, al resplandor del cielo,
el pájaro feliz, posando el vuelo,
ó la fronda, á su peso estremecida!
¡Cuán sosegadamente
surgían dulces sueños en mi mente,
cuando el inquieto niño,
en quien cifraba todo mi cariño,
me llevaba impaciente,
asiéndome la mano, hacia la gruta
donde la verde hiedra
dió lengua barba y cabellera hirsuta
á un viejo río de tallada piedra!



LOS NIÑOS

Si en la familiar tertulia
de pronto aparece el niño,
¡qué alborozo!, ¡qué sincera
explosión de regocijo!
La luz que en sus ojos brilla,
ya en todos brilla lo mismo,
y al verlo tan inocente,
tan gozoso, de improviso
resplandecen los semblantes
más adustos y sombríos.

Sonría en el huerto Mayo,
ó ante el hogar encendido
las sillas el crudo invierno
agrupe en estrecho círculo,
cuando llega el tierno infante,
todo es júbilo y bullicio;
unos lo besan y abrazan,
otros lo llaman á gritos,
y su madre tiembla viéndolo
andar vacilando y tímido.

Muchas veces, removiendo
el fuego, en coloquios íntimos,
de Dios y la patria hablamos,
del alma, de su infinito
anhelar, de los poetas...;
pero llega alegre el niño,
y ¡adiós cielo, y alma y patria!,
¡adiós los vates divinos!
Brotó la sonrisa, y queda
el diálogo interrumpido.

De noche, cuando el silencio
y el sueño reinan tranquilos,